

1972

Cuando Ernesto salió de su casa ese lunes por la mañana, no se imaginó que lo que había soñado varias noches atrás, iba a convertirse en realidad. Valeria lo acompañó durante todo el día; habían preparado cuidadosamente las pocas maletas necesarias, habían comido a las horas que acostumbraban y hasta pudieron salirse de la rutina, cuando se detuvieron en una calle concurrida a media tarde y juntos tomaron un café, mientras repasaban los detalles más pequeños para no dejar nada olvidado.

-Acordáte que estamos en junio, y hace un frío horrible. Ya tenés los papeles listos y te aseguraron que esos funcionan, ya varios amigos tuyos se han ido de esa forma, no tenés porque preocuparte- le dijo Valeria, mientras agitaba ansiosamente la pequeña cuchara de plata dentro de su taza de café.

-Yo no estoy preocupado- respondió Ernesto, mirándola como si viera una vieja foto y no apreciara más que un recuerdo lejano con nostalgia. -Es más bien un trámite lo que debo hacer, -continuó diciéndole- y no una travesía fuera de este mundo. Vos tenés que estar tranquila, es a mí a quien buscan en todo caso, y eso no es seguro, según nos dijo Alberto es posible que ni siquiera me vinculen con alguno de esos grupos insurgentes que se acaban de formar-.

-Pero estas vinculado y esa información no sabes si ellos la tengan o no, por eso te digo que vayas con cuidado, no podría imaginar despertar una mañana y no tenerte cerca- respondió Valeria, agitando más fuertemente la pequeña cuchara y derramando unas cuantas gotas de café sobre la

servilleta a su derecha. Ernesto la vio y en ese momento se sintió tranquilo pero se llenó de las mismas dudas que Valeria tenía respecto a todo el plan que venían urdiendo juntos desde hacía varias semanas atrás.

El plan era simple, tomar de noche la calle menos transitada de la ciudad y embarcarse en un pequeño vagón que transportaba leña y piedras. El vagón salía puntualmente todos los lunes a las diez de la noche y pasaba por un pequeño pueblo vecino del cual no se sabía mucho. Era un pueblo tan pequeño y olvidado, que lo llegaron a dejar fuera del mapa varias veces todos los cartógrafos europeos que habían venido a promover la civilización en las Américas, muchos años atrás.

Horas más tarde, cuando el sol ya se había ocultado, Ernesto tomó las pocas cosas que necesitaba, algunas cuantas precauciones extra y la contraseña que tenía que entregar una vez llegado a su destino; se despidió de Valeria dejándole un sobre cerrado con la única instrucción de que lo abriera hasta el día siguiente y se dirigió hacia la pequeña estación de tren, antigua y maltrecha, que servía ahora únicamente para transportar mercancías.

Al salir de su apartamento, en la zona norte de la ciudad, sintió un frío que acompañaba a la noche que se posaba ya enteramente sobre la ciudad y decidió recortar el camino por entre un pequeño parque oscuro, que pensó lo cubriría de cualquier seguidor no deseado. No le había contado a Valeria, para no preocuparla más, que desde hace algunos días había empezado a oír voces y a ver sombras fantasmales que lo perseguían; veía vehículos estacionados con pilotos sin rostro que se detenían por donde él pasaba y extraños que dejaban de conversar cuando él volteaba a

verlos. No parecía entonces una idea acertada el haber recortado por ese parque oscuro, en donde las sombras eran indetectables, y solo podía suponer que lo seguían, de cerca o de lejos, mediante cualquier sonido extraño que advirtiera, pero en su momento parecía una buena idea. Avanzó sigilosa pero rápidamente y se detuvo frente a un claro en medio del parque. En ese claro no había árboles ni sombras y lo único que Ernesto podía divisar era el reflejo de la luz de la luna sobre el césped cubierto del rocío fuerte de junio. Dio un paso y se refugió en el tronco de un árbol y de pronto oyó un sonido estruendoso, similar al de una rama gruesa quebrándose bajo el peso inmenso de cientos de hombres; subió la mirada y se separó del mundo que lo rodeaba, absorto contempló una hoja grande y marrón cayendo desde la copa del árbol más alto que tenía enfrente. No importaban ya los sonidos a su alrededor, porque a él le parecieron eternos los segundos en los que la hoja descendía mecida por el viento y se paseaba por entre el claro, dibujando patrones circulares que hacían infinita su caída. En todo momento la hoja parecía caer hacia su dirección. Entonces pensó en Valeria.

Despertó y era martes; el vagón había llegado al pueblo y entonces descendió sin ser visto por nadie. Ese martes tenía un aire severo que lo hacía parecer un domingo de misa, como los que guardaban con celo estoico las ancianas del pueblo. Los más viejos parecían acariciar con cuidado a la muerte y los jóvenes la buscaban imprudentemente, sabiendo que no se la iban a topar ni en esta esquina ni en la siguiente. Era tanto el olvido que recaía sobre aquel viejo pueblo que la muerte lo pasaba por alto. Parecía un buen refugio y una casualidad enorme haberse encontrado en aquel lugar mágicamente aislado. Las personas se escondían del

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

